



Pablo Gallego Boutou
Bar Urgel



PABLO GALLEGO BOUTOU

Bar Urgel

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).



Esta novela fue galardonada el 18 de junio de 2024 con el Premio de Narrativa Diana Zaforteza 2024, concedido y promovido por la Fundació Lluís Coromina, la familia Zaforteza-Rodés y de manera individual por Josep Massot y Mario Rotllant, con Edurne Portela, como directora literaria del premio, y Ricard Planas, como gestor cultural y director ejecutivo del galardón.

Formaron parte del jurado Héctor Abad Faciolince, Isabel Coixet, Aixa de la Cruz, Ignacio Martínez de Pisón y Azahara Alonso.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2024

© Pablo Gallego Boutou, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 15026-2024
ISBN: 978-84-10107-94-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A mis profesoras Raquel P. Fariñas, Ana Muñoz,
Loreto Aznarte, Susana Redondo Ferreira, Sofía Romo,
Yolanda Mancebo y Ana Martín Puigpelat.*

Al Gordo.

La memoria es un monstruo (...).
Tú crees tener memoria, pero ella te tiene
a ti.

JOHN IRVING, *Oración por Owen*

Lo que sucede no es verídico, sin embar-
go. Casi nada puede considerarse verda-
dero. La escritura tampoco es verdadera.

DANIELA TARAZONA, *Isla partida*

Me digo que es fundamental destruir el hogar; y que resultará más sencillo si lo recuerdo todo. Aquella edad de golosina, los tres en el desayuno y la luz. Las noches de series, el deshielo de los ojos mientras los monstruos jugaban a las cartas en el pasillo. No pisarles el rabo, no ver la punta de piedra pómez de sus puros y la respiración de mamá de camino a la habitación.

También el silencio de las cosas. Diecisiete horas jugando sobre la alfombra del salón con la sonrisa hueca, el aire de junio en la ropa tendida, la maleta antes de ir a ver a la tía, la merienda solitaria en los jardines de la urbanización donde la cancha de fútbol: el balón de un lado a otro, y los niños y las niñas a lo lejos. Todo dividido por una malla metálica repleta de agujeros por donde meter un brazo.

Me repito que es fundamental. Pero no sólo vaciar un bidón de gasolina. Debo empapararlo todo con cuidado. El armario alto de caoba, el de la bollería y la mesilla de ruedas donde poníamos el belén en Navidad y, el resto del año, fotografías de nosotros en el Valle de los Caídos, en la Fuenfría, en La Manga del Mar Menor. Cada una de las tres hileras de zapatos deslucidos bajo el lavabo del baño, el calendario de Coca-Cola con la foto de Miguel Bosé, las cortinas de poliéster fucsia y las lámparas de hierro forjado de la abuela y los vinilos de los Sex Pistols de mi padre. Y también sus manos, sus venas. Empaparlas una a una. Y las camas. Sí. No hay que olvidarse de las camas. Empapar bien las almohadas, empapar

bien debajo de ellas. Las sábanas, el colchón. Cada fibra, cada resquicio, sus orillas. Es fundamental hacerlo. Sin mancharse. Sin resbalar.

I

El Bar Urgel es el lugar en el que se reúnen los hombres que más miedo me dan de este mundo. Su pincho de tortilla es como debe ser, no como en esos cafés del centro donde te cobran cinco pavos por un pincho minúsculo y un trozo de pan agrio, y te quedas con hambre pero vuelves al día siguiente porque hay wifi gratis. No. Aquí un pincho es un cuarto de tortilla; ligeramente quebradizo, de peso medio-bajo y con una tonalidad amarilla mansa. Hace poco, cuando lo probé por primera vez, me propuse volver con frecuencia, sugerirle al dueño pequeñas modificaciones, hacer equipo. Un acto desinteresado. El potencial. Quería que su tortilla fuera, si no la mejor de Madrid, la mejor del barrio.

El dueño se llama Paco, un hombre con una retentiva asombrosa y muy eficaz en su trabajo, además de buena persona. No es sólo apariencia. Paco comprende qué tipo de cliente eres y cuáles son tus necesidades, y eso es porque lleva toda su vida en la hostelería; tanto tiempo lleva, que no hay sufrimiento suyo que no tenga origen en ella. Aguantar prolonga las cosas en el tiempo. Las madres lo saben bien. La suya, Conchi, lo sabe. La mujer heredó el negocio de sus padres –y estos de los suyos– y se encargó de enseñar bien a su hijo, pero a estas alturas sólo se pasa por allí para echar una mano, por costumbre. Y digo yo que qué bien la costumbre mientras se tenga a raya. La tipa es una vieja con bien de maquillaje y un ánimo muy *salao*, le da coba a todo el mundo, y la razón a Susanna Griso. Una pena que ahora mismo se tire en casa todo el día, aburri-

dísima. Hace nada se cayó y se le desprendió la retina. Lo sé porque me la encontré en la acera con la cara hinchada, rodeada de bolsas de la compra dispuestas de forma que parecían la escena del crimen de una serie francesa barata. La pobre tenía pinta de haber caído a plomo. Como no parece que vaya a volver pronto, se ha venido del pueblo su hermano, el Risilla, tío de Paco.

–Me lo he traído aquí unos meses –dice Paco–. Tú me dirás, no me da para contratar a nadie. Me barre, me pasa la bayeta por la barra y también por el salero. Le encanta limpiar los saleros. Qué *jodío*. Y mira que le digo que los saleros no, Risilla. Mi abuela, que está ya *pa' chope* la pobre mujer, lo echa de la casa del pueblo casi todos los meses. Luego él vuelve con algo de panoja y a la mujer se le pasa. Mira cómo se ríe el tío.

En el Urgel no es raro que alguna mañana acabe en discusión entre el admirador de turno de Santiago Abascal y un comunista que militó en el PCE y que ha visto «cómo la gente del barrio se ha vuelto toda una fascista de mucho *cuidao*». Tampoco que, en días de la Champions, no entre ni un alfiler.

–Corre por la banda Messi, va Messi por la banda... ¡y se pone de coca!

–Chutan al centro los coches, los coches al centro... ¡y te suben la gasolina!

–Va por la banda una mujer, una mujer adelanta por la banda... ¡y te pone los cuernos!

He pasado tanto tiempo aquí que encuentro apropiada la idea de que bares como este son lo que en literatura se denomina «tópicos» o «lugares comunes». Me divierte que puedan ser, incluso, algo parecido a museos animados: reductos de un tipo de masculinidad asociada al pasado reciente de España. Con cada visita, yo mismo fui convirtiéndome en otro de los muchos que gastan sus horas bajo la luz pálida de un cartel de los ochenta con letras rojas. Uno más entre los muchos que no me conocían, pero que hablaban conmigo, con la mirada llena

de un jardín en ruinas. Queriendo la muerte de gente como yo.
Aun con todo, continué yendo hasta el final.

Bar Urgel Cervecería. Raciones. Bocadoillos. Tortilla por encargo.

Luis. Mi mejor amigo. Mi colega de toda la vida. Un tío que no ha salido nunca de Madrid ni tiene ganas de hacerlo. Muy buena persona, el Luisito, y muy grande, enorme a lo largo y ancho. Se le ve a la legua con sus gafas Ray-Ban negras, pantalones cortos, una gorra de baloncesto y la riñonera al cuello. Da igual que estemos en invierno.

–Chaval, que ya no tienes quince años –le digo.

–Y tú no eres tan guapo como te crees –escupe al suelo.

Nos montamos en su Opel Corsa de segunda, tercera o cuarta mano y nos vamos a dar un voltio por ahí. Subimos por General Ricardos, llegamos al Gómez Ulla. Luis saluda a un tal Beni, que está fumando en un banco junto al metro.

–¿Qué pasa, Gordo?

–¿Tienes diez? –pregunta Luisito.

–¿De qué?

–De verde.

–¿Sólo diez? –una arruga en la frente del Beni.

–¿Qué pasa?

–¿Estás dejando de fumar?

Luisito se gira hacia mí.

–¿Quieres cincuenta a pachas?

Le digo que no.

–Venga, tú –resopla el Gordo–, me paso luego a por los diez.

–Pues igual no me encuentras.

Y el Gordo chasca la lengua y acelera.

Quiere reducir el nivel de porros, dice que por la epilepsia, pero yo creo que es por el brote que le dio el año pasado. Estuvo ingresado una semana y pico en la planta de psiquiatría del Jiménez Díaz y consiguió que su madre se tragara que le había dado un ataque de nervios. Fumar le ayuda a relajarse, es cierto, aunque últimamente le dan unos ataques tremendos. Normal, se pasa todo el día en su habitación jugando a la Play en una pantalla plana de sesenta pulgadas. Una noche, mientras echábamos un vicio, comenzó a convulsionar tan fuerte que casi se corta la lengua. Menuda movida para su madre tener que sujetar ella sola a una mole de ciento cuarenta y tantos kilos. Hubo que ponerle dos calmantes por el culo. La boca sangrando casi toda la noche.

En la Casa de Campo nos tumbamos frente al lago y se hace un porrillo. Me lo pasa y vuelvo a decir que no, que quiero estar aquí.

–Si ya estás aquí, qué me estás contando –se ríe mazo.

–Cuando fumo, la vida me da igual. Quiero poner orden en las cosas, *make money*. Ponerme a escribir.

–Si siempre dices que escribir no da dinero.

–Lo sé, pero mira el de *El código Da Vinci*.

–¿Y qué quieres escribir?

–¿Sobre qué quieres que escriba?

–No sé, tío, tú sabrás.

–Joder.

–Vale, vale. Pues yo qué sé, de lo que tienes dentro. Tú siempre has tenido otro nivel, digamos, más elevado. No sé si me entiendes. Tiene que haber violencia y acción, y tal y cual. Y alguien que muera, ¿sabes? Un muerto. En las grandes historias siempre muere alguien. Ah, y una chica guapa. La chica guapa le mola a la peña. A mí me mola, pero a mí no me saques que luego me da vergüenza.

–Tranquilo, sobre ti no diré nada.

Las nubes se enroscan unas con otras, regordetas, de bordes vivos, quieren impresionarnos. Espuma de afeitador.

–¿Y por qué escribes, tío? –me pregunta Luis.

–Mira el reflejo de esas nubes en el agua –le respondo, y un pato lo cruza y el espejo se rompe.

Me saco un Lucky. Al encender el mechero se encienden con él las bombillas de las terrazas del lago. Tiras y tiras de luces melosas que protegen a los clientes de la hostilidad de los atardeceres de invierno. De las putas de la Casa de Campo y su piel demasiado poco blanca.

–Buah, tú, en esos restaurantes se tiene que comer de la hostia.

Decidimos volver al barrio porque se nos acaban las ganas de hacer nada y no tenemos pasta. Nos subimos a mi quelí. Le digo al gordo que no haga ruido, se mete en mi habitación.

–Mamá, ¿duermes?

–Sí.

–¿Estás bien?

–No pongáis la tele muy alta. ¿Has cenado?

–Luis me ha invitado a cenar en un restaurante del lago.

No dice nada más. Vuelvo a mi cuarto. El Gordo ha iniciado una partida al Fortnite. Esperando a que el servidor se conecte, susurra:

–Tú, ¿cuánto hace que tu madre está así?

Le respondo que tengo que buscar curro como sea.

–Te puedo meter en el Machetes. Aunque no es un curro muy, digamos, intelectual.

–Ni de coña.

–Se está bien en el Machetes. Yo, sin que me vea la encargada, le doy la vuelta a la César para meterle otro pollo empanado por debajo. Me pongo fino. Es un curro en el que acabas *reventao* pero estarías conmigo.

–Ni de coña –repito.

–¿Quieres curro o no?

–No sé, mañana te digo.

Y le quito el porro de la boca y me tumbo en la cama. Tres buenas caladas van directas a mi cerebelo. A los pocos segun-

dos comienza el fragor de botones y disparos. Nos miramos y nos descojonamos. *Podrías escribir sobre esto*. Nuestros ojos tratan de agarrarse a la tele, al cielo cerrándose detrás de mi ventana.

Joder, qué rápido se convierte todo en una inmensidad púrpura donde el Gordo caza monstruos marinos y yo floto como un astronauta al que le han cortado el cable que lo sujetaba a la nave.

Me despierta un sonido constante, preciso y homogéneo. Zumbido de avispa. Migraña. Imágenes desvaídas. Abro los ojos. Abro el ordenador.

El techo quiere desplomarse otro día más. Pienso en el Ma-che-tes. Los últimos curros me costaron la salud mental, no tengo carácter para currar. No es sano tenerlo. Por lo menos ahorré lo suficiente para un portátil, uno de segunda mano que no tarda mucho en encenderse. Con el sueldo de mi madre tirábamos, pero no desde que pilló la baja. Ahora se lo llevan todo el alquiler y los pufos de mi padre. Queso, mantequilla *light* Président, tres huevos, dos de ellos cocidos, fiambre de pavo Campofrío, tomate Orlando, una berenjena partida, yogures desnatados en *pack* de seis, un limón semiforrado de penicilina verdosa.

«Contingencias comunes», eso es lo que ella me dijo. Comenzó a estar así desde que él se fue. Es curioso que el día que murió mi padre yo me pegara un fiestón que flipas y ella cayera en una depresión de caballo. Incluso después de muerto sigue teniéndola atada como a un perro.

Preparo el desayuno y abro con sigilo la puerta de su cuarto. Su respiración es lánguida, deseo que tenga sueños hermosos. Dejo la bandeja en la mesilla, recojo la de la cena. Está intacta.

En su cara hay zanjas, las veo a través de la penumbra. Líneas nuevas escarbando la pena. De repente, un espasmo. Mamá, la tristeza es como el frío. Busquemos leña. Pero ella murmura algo incomprensible y se da la vuelta hacia el espejo.

Cada quien intenta quitarse la correa como sabe.

Sesenta metros cuadrados en la esquina de Blasa Pérez con la calle Urgel, Carabanchel Bajo. Suelo de pavimento de gres en crema plagado de servilletas, migas, huesos de aceituna, mondadientes usados. Tres vitrinas neutras de borde cobrizo para los sobaos, los pimientos de Padrón, las tapas sobre una barra metalizada en forma de ele. Detrás está el cráneo desértico del dueño, anclado a un cuerpo rechoncho al que se arriman siete taburetes altos sin respaldo ni ajustes de altura. A los costados, cinco mesas cuadradas con sillas de estilo simple, tapizadas de cuero sintético marrón desgastado, tan obsoletas como las paredes de gotelé, de donde penden reproducciones en blanco y negro del puente de Toledo, del Banco de España en los años veinte, de la calle Arenal. La del Santiago Bernabéu se roza con un tablón de bocadillos y raciones –oreja a ocho euros, torreznos a siete con cincuenta–, que se encara a las máquinas tragaperras, la de siempre y la táctil, que protegen el hueco de las sombrillas plegadas y que, a su vez, vigilan a otra máquina casi invisible, la más ignorada de todas, pegada a la columna central de espejos: bolas de plástico con juguetes infantiles a cien pesetas. A través de los espejos pueden verse cajas de botellines vacíos, mesas de terraza apiladas y envases de bollería congelada junto a muchos rollos de papel de cocina industrial envueltos en film transparente. Todo sin concierto, rivalizando por uno de los escalones de subida hacia el almacén, cuya puerta señala un olvidado y descolorido panel de Pepsi. Nadie sabe qué hay en el almacén, sólo Paco. En el hueco de la

escalera, el extintor, canastas vacías de cerveza Mahou, dos expositores refrigerados de puertas correderas repletos de zumos de fruta concentrados, bebidas carbonatadas, botellines y tercios. Un mugriento altavoz de ordenador deja caer su cable pelado hacia atrás en uno de los expositores. Sobre los dos, el reflejo animado de la televisión parece un zoótropo que se extiende por la balda de bebidas alcohólicas hasta llegar a la ristra de cupones de la ONCE aferrada al calendario anual sobre la cafetera Expobar de dos grifos. La vista no escapa. La televisión preside el Bar Urgel por encima de la puerta de entrada. Puedes gritarle en días de partido de fútbol. También a Susanna Griso.